

La ola y el árbol

Fernando Méndez

-¿En qué se parecen una ola y un árbol?

Recuerdo que me hiciste esa pregunta cuando estábamos sentadas en comisaría, esperando por los pasaportes. Yo no paraba de llorar. Tú aguantabas porque el salitre te había curtido los ojos, pero las dos sabíamos que nos íbamos muy lejos y que posiblemente no volveríamos.

La gente se agolpaba, yo seguía llorando y tú insistías:

-¿En qué se parecen, vamos?

Acabábamos de conocernos y tú ya desplegabas esa red de bondad innata que siempre has regalado. Nuestros maridos hacían cola mientras hablaban de documentos y contratos. Saqué un pañuelo, me enjuagué las lágrimas y sin entender muy bien la pregunta te miré y te dije:

-¿Una ola y un árbol? No se parecen en nada.

-Te equivocas, se parecen mucho. Son como nosotras: siempre pescando deseos y cultivando ilusiones. Piensa.

Pero yo no estaba para pensar. El policía nos llamó y no pudimos acabar aquella conversación, que había surgido a los pocos minutos de habernos presentado. Todo lo que sabíamos la una de la otra era que tú venías de un mar conocido, que abusando de su confianza te había arrebatado a un hermano, y yo de una tierra que no me dio más

que penurias, y sin embargo ahí estábamos las dos, con nuestros maridos, doloridas en el alma porque lo dejábamos todo para irnos a otro mar y a otra tierra, donde no pescaríamos ni cultivaríamos.

Olas y árboles, deseos e ilusiones, peces y patatas... ¿Qué más daba? Lo único que pensaba en ese momento era en coger el pasaporte y la maleta y meterme de una vez en aquel endemoniado barco.

Nuestra amistad se hizo fuerte en Buenos Aires y durante muchos años me acordé de la pregunta, pero no me atreví a respondértela. Yo sabía que tú también te acordabas, pero ambas, por respeto a la Ley de la Añoranza, jamás volvimos a sacar el tema. Maduramos, progresamos, nos hicimos mayores nosotras y nuestros recuerdos, pero la ola y el árbol siguieron ahí, latentes.

Hasta que un día nuestras hijas quisieron volver a los territorios de la sal y el polvo. Nunca supimos por qué ese deseo que a veces tienen los hijos de desandar el camino de sus padres, pero entendimos que estaban en su derecho. Y se fueron, una al campo y la otra al mar, atraídas por el aroma telúrico y marino del que mi amiga y yo nunca pudimos desprendernos.

Disfrutamos de sus éxitos y de las fotos de nuestros nietos, que primero llegaron por correo y después por ordenador, acompañadas de cartas donde contaban sus hazañas en los caladeros y valles de la vida, donde nuestras hijas se habían hecho fuertes contra viento y marea.

Nosotras, desde la región de las ilusiones, donde no había salitre ni polvo, pocas novedades teníamos que contar: rejuvenecíamos con la felicidad de nuestras hijas, envejecíamos con el paso del tiempo, y la vida transcurría como un tango y un asado, sin demasiadas novedades. Así fue hasta que los años se llevaron a nuestros maridos, y

nosotras comenzamos a luchar cada vez más contra las tempestades y las plagas de la edad.

En unos de esos achaques, a mi amiga la ingresaron en un hospital, y entonces pensé que había llegado el momento de retomar aquel diálogo pendiente:

-Bueno, ¿vas a decirme ahora en qué se parecen una ola y un árbol? –le dije, mientras hojeaba una revista junto a su cama.

-Creí que me lo dirías tú –respondió ella.

-No quiero ponerme a llorar, dímelo tú.

Y en ese momento, una brisa entró por la ventana y se llevó su último suspiro. Vinieron corriendo médicos y enfermeras con muchos aparatos, pero ella siguió allí, inmóvil y con mi respuesta condenada a cadena perpetua.

Y entonces pensé en lo que mi amiga me había dicho en la comisaría: “La ola y el árbol son como nosotras, siempre pescando deseos y cultivando ilusiones”. Siempre. Y entonces comprendí que siempre hay olas y árboles que nacen, crecen, mueren y vuelven, como nosotras; como ella, que un día selló con salitre sus ojos para no llorar, y como yo, que lloraba y lloro mucho para regar mis recuerdos y mis anhelos. Al fin y al cabo, no somos tan distintas. Tampoco lo son la ola y el árbol, que tienen en común el lenguaje del viento (nosotros no lo entendemos porque somos menos naturales) y lo utilizan para comunicarse en la distancia. También se intercambian nubes, calor, lluvia, y por las noches, cuando nadie los ve, bailan la eterna danza de las mareas y sonríen, una, al llegar a la arena y, otro, al agitar sus ramas (escuchen, si no, atentamente y verán que el ruido de las olas y de los árboles es como una sonrisa).

Mi amiga se murió llevándose con ella la razón: efectivamente, somos como la ola y el árbol. Detrás nuestra vendrán otras niñas, otras marejadillas y otras semillas que harán

que los peces y las patatas sigan creciendo juntos. Y habrá mujeres que desde la trastienda del hogar o desde el puesto de mando de una empresa seguirán hablándole al agua y a la tierra de deseos e ilusiones, porque nadie conoce mejor que nosotras las claves del sentimiento y del sufrimiento humanos.

Aquella tarde llamé por teléfono a España y le conté a su hija y a la mía lo ocurrido. Luego, ya anocheciendo, me fui a llorar a Puerto Madero. A lo lejos, un crucero partía con sus viajeros, y me vi dentro; me imaginé regresando sobre las olas para contarle a mi árbol todo lo que había sucedido en setenta años de historia. Nunca le dije ni a mi amiga, ni a mi marido, ni a nadie, que mi gran confesor de juventud fue un árbol. En su corteza y en sus huecos dejé grabados todos mis deseos, esperando volver un día para abrazarlo y darle las gracias por guardarme el secreto.

Nunca supe si mi amiga tuvo una ola preferida a la que le contaba sus cosas, posiblemente la tuviera, y en lugar de punzón y papel utilizase arena para escribir en ella sus anhelos. Ni ella ni yo hablamos de eso, como tampoco comentamos la posibilidad de regresar. Este era también un diálogo pendiente, algo que sabíamos, pero que no nos atrevíamos a comentar, no fuera a ser que ella se echase a llorar y yo tuviese que consolarla preguntándole por las semejanzas entre olas y árboles.

Nunca más volví. Supe que mi hija y su amiga habían hecho grandes cosas en sus tierras y sus mares, y que mis nietas querían seguir ancladas allí, porque ahora soplaban buenos vientos para el progreso.

Sólo cuando pude flotar y remontarme entre olas y ramas decidí hacerles una visita. Una noche, confundida entre la risa nocturna y el baile de las mareas, pude comprobar que mi llanto no fue infértil. Vi la felicidad del mar y la tierra en los sueños cumplidos de mi hija y su amiga, y me acordé de aquellas lágrimas en la comisaría, y de las siguientes, y de las otras, y de las que continuaron nublandome la vista a lo largo de toda mi vida;

lágrimas que abonaron mis deseos y mis ilusiones para que, al fin, bajo un mismo cielo mujeres, hombres, peces y patatas pudiesen convivir sin necesidad de pasaportes.

Aquella vez, cuando el policía interrumpió nuestra conversación, estuve a punto de devolverle el pasaporte diciéndole que para ser feliz no hace falta firmar ningún papel, porque la ilusión y el deseo no saben de mar o tierra, viven en nosotros, y no dependen ni de la azada ni del anzuelo. Sólo necesitan el agua de una ola y el fruto de un árbol para crecer.

Así lo pienso yo y -aunque nunca se lo pregunté- mi amiga también.